

PALABRAS DEL ILMO. SR. DR. D. ÁNGEL FERNÁNDEZ
DUEÑAS, ACADÉMICO NUMERARIO, EN SU HOMENAJE

Ángel Fernández Dueñas

Académico Numerario

Excmo. Sr. Director de la Real Academia.

Ilustre Cuerpo Académico.

Sras. y Sres.

Querido Miguel:

Gracias por tus palabras de elogio y alabanza —inmerecidas por supuesto— aunque sé que pronunciadas por ti, van más allá de la pura cortesía académica y aunque no me considero “laudable”, o sea, digno de alabanza, sé que habré de recibir, quiera Dios que sea tarde, otra *laudatio* —la *laudatio funebris*— en cuyas sesiones muchas veces actué como *laudator* o panegirista.

Aclárese que el término *laudatio* y derivados proceden del latino *laurea -ae* o de *laurus -i*, que significan laurel y no tienen nada que ver con *laudano*, cuasi sinónimo de opio, o sea, veneno, procedente del árabe *alaudan*. Podríamos decir que *laudano* y *laudatio*, a la postre, en su significado real, son dos términos tan antónimos como muerte y gloria. Ciñámonos a ésta.

Y ¿cómo agradecer este acto? A Miguel Ventura, mi *laudator*, protagonista activo de la ceremonia con su magnífica pieza literaria y su declamación cercana y cálida, le dedicaría la frase hamletiana que dice: “Humilde como soy, soy pobre también en dar las gracias”.

A la Junta Rectora le afirmaré el agradecimiento de un político español de la primera mitad del siglo XX: “¡Gracias! Nada de un párrafo de gracias. Escuetamente gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo”. Pero como Séneca nos dice que “la gratitud en silencio no sirve de nada”, repartiré mi agradecimiento entre mis compañeros académicos, los actuales y los que nos precedieron y nos enseñaron y nos ayudaron pues, una vez más Lucio Anneo nos dicta su postura: “Ingrato el que niega el beneficio; ingrato el que no lo retorna, pero más ingrato es el que lo olvida”. Gracias a mis amigos, a mis paisanos, y a mis pacientes; a mis compañeros del Instituto, con los que sigo reuniéndome asiduamente desde hace más de sesenta años y también a mis hijos —lo mejor de mi *currículum*— por

los miles de horas que los postpuse a mi ejercicio de la Medicina y a mi actividad académica.

Es posible que éste sea mi particular “canto del cisne...”. Y aunque no lo sea —eso deseo— permitidme, queridos amigos, que, en medio folio, os cuente mi *catarsis*.

El último día del año pasado, después de siete años de carrera y cincuenta y cinco de ejercicio profesional, por diversas circunstancias y contra mi voluntad, cerraba mi consulta. Casi simultáneamente pasé por una intervención quirúrgica llena de contrariedades, por una apraxia de la marcha que me acompañará hasta mi segunda y definitiva laudatio y por un par de crisis hipertensivas, padeceres que me sumieron en un estado de disforia muy cercano a la depresión. Sé, sin embargo, que lo que más me influyó fue el hecho de dejar de ser médico.

A partir del comienzo de siglo, mi vida no ha sido fácil pero siempre supe y pude seguir adelante, aceptando y superando las pruebas que Dios me mandó porque, al par, seguí encontrando felicidad en mi trabajo: pero ya... no trabajaba, ni escribía, ni dormía, ni vivía...

Cuando me comunicaron la cuestión del homenaje, al principio pensé en no aceptar, aunque, por otro lado, intuía que mi aceptación podría significar mi despegue, mi *catarsis*, mi euforia. Recordé un pensamiento de Rabindranah Tagore: “Si lloras por haber perdido el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas”, que utilicé cuando las “circunstancias” me apartaron de la *docencia* y que ahora, al tener que abandonar la *asistencia*, vuelvo a tenerla en cuenta al recordar que aún me queda la *investigación*, o sea, mi Real Academia, a la que conocí con trece años, en el Ayuntamiento de la calle Pedro López, con ocasión del ingreso de mi tío Rafael Aguilar Priego y a la que me incorporé como numerario el 21 de mayo de 1987.

Y aunque haya quien afirme que ningún bien se disfruta sin compañía, otros, yo entre ellos, arguyen que la más feliz de todas las vidas es una soledad atareada. Que hacer no ha de faltarme y las ganas he comenzado a recobrarlas.

Termino recordando lo que nos dice el presocrático Zenón de Elea en cuanto a que “la naturaleza nos ha dado dos oídos y una sola boca para recordarnos que vale más escuchar que hablar”, por lo que hago un definitivo mutis con el agradecimiento en los labios: Gracias.